



---

# FÉLIX JULIO Y EL MISTERIO DE LAS TABAS DESAPARECIDAS

---

Una historia de romanitos



Texto: Ana M<sup>a</sup> Gil

CUENTO BASADO EN LOS PERSONAJES DE “ROMANITOS. LOS MELLIZOS DE CAESAR AUGUSTA”  
Creados por Ana M<sup>a</sup> Gil, Sabina Lasala y Delia Sagaste e inspirado en una ilustración de Vicky de Sus

Agradecimiento a los seguidores de Facebook del Museo de Zaragoza que participaron para dar el nombre al personaje y en especial a Pedro Yus y Marta González que propusieron los nombres.

ÁREA DE DIFUSIÓN – MUSEO DE ZARAGOZA

# Félix Julio y el misterio de las tabas desaparecidas.

Una historia de romanitos.

## Ocurrió hace muchos, muchos años... en el siglo I

Aquel día en la escuela de Caesar Augusta la clase no había empezado todavía. Félix Julio llegaba tarde y estaba preocupado por el castigo que le pondría el *magister*<sup>1</sup> pero entró en la clase y se encontró a todos sus amigos riendo y hablando alborotados en sus escaños<sup>2</sup> y la *catedra*<sup>3</sup> vacía.

Vio a su amigo Cornelio y corrió a su lado.

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está el *magister*? —preguntó.

—¡Mira que tienes suerte Félix Julio! Para una vez que llegas tarde, no está el *magister* para darte una azotaina —le contestó Cornelio guiñándole un ojo.

—¡Ya! Me he dormido. Nunca me había pasado, no como a ti —le respondió Félix Julio con otro guiño de complicidad.

—Pues no ha venido el *magister* ¿a lo mejor deberíamos castigarlo nosotros por llegar tarde?

—¡Ya te gustaría! *Ille ficus non caduturus*<sup>4</sup>.

En ese momento entró el *ludi grammaticus*<sup>5</sup> de los mayores de doce años y rápidamente todos se sentaron en su sitio y se callaron antes de que cayese alguna colleja.

—El *ludi magister* ha sido requerido por las autoridades por un asunto importante y no podrá volver a dar clase, al menos, en una temporada. Mientras encontramos un sustituto o él regresa, lo que primero suceda, volveréis a vuestra casa y si tenéis *pædagogus*<sup>6</sup> que os repase las lecciones para no perder el curso.

---

<sup>1</sup> Ludi magister, maestro de enseñanza básica para menores de doce años.

<sup>2</sup> Asientos de los alumnos.

<sup>3</sup> Asiento del profesor.

<sup>4</sup> No caerá esa breva.

<sup>5</sup> Ludi grammaticus, maestro de enseñanza media.

<sup>6</sup> Esclavo que llevaba a los niños patricios a escuela y que les ayudaba en casa a repasar la lección.

El *grammaticus* salió de la clase mientras todos recogían. En tanto unos comentaban que a ellos, siendo plebeyos y sin esclavos, sus padres no les iban a poner un *magister* ni un *pædagogus* y se iban a dedicar a zanganear todo lo que pudieran, otros patricios, aunque menos, se quejaban de que ellos no se iban a librar de estudiar.

Cornelio, que era patricio, miró a su amigo Félix Julio y se compadeció de él. Su amigo era plebeyo y de una familia muy humilde, pero era muy inteligente y el mismo *magister* era quien había convencido a sus padres para enviarlo a la escuela.

—Félix Julio, a mi seguro que me ponen un *magister*. ¿Quieres que le pregunte a mi padre si le importa que vengas a casa a estudiar conmigo?

—Gracias Cornelio pero, aunque tu padre diga que sí, es posible que el mío diga que no y aproveche para que le ayude en su trabajo en la taberna.

Ambos salieron los últimos de la clase y se encaminaban hacia la calle cuando, de repente, escucharon que en una habitación cercana se producía una acalorada discusión entre el *ludi grammaticus* y el *ludi rhetor*<sup>7</sup> y se quedaron cerca de la entrada agazapados en un rincón donde no podían verlos.

—¡Me parece increíble! —dijo el *grammaticus*— Es imposible que sea un ladrón.

—Pues nunca me gustó su actitud hacia mí. Supongo que quiere quitarme el puesto, pues ahora le va a resultar difícil.

—¡Hombre! ¿Qué tendrá que ver vuestra rivalidad para optar al puesto de *rhetor*? Tú lo conseguiste y él no ¡y menos mal! Al menos él tiene paciencia con los pequeños, cosa que tú...

—¿Paciencia? ¡Vaya tontería! ¿Para qué están los azotes? Mucho lo estás defendiendo ¿No le habrás ayudado a robar las tabas?

—¿Pero cómo te atreves a acusarme a mí también? ¿También quieres librarte de los alumnos del *ludus grammaticus*<sup>8</sup>? Sólo toleras a los mayores. Me parece que nadie te ha robado nada.

—¿Me estás llamando mentiroso?

Al decir esto, Cornelio, que estaba en cuclillas, perdió el equilibrio y se cayó. Los hombres oyeron el ruido y se dispusieron a salir de la habitación en la que estaban. Félix

---

<sup>7</sup> Profesor de educación superior.

<sup>8</sup> El sistema educativo o *ludus litterarius* se dividía en: *ludus principalis* (educación elemental), *ludus grammaticus* (educación secundaria) y *ludus rhetoricae* (educación superior).

Julio tiró de su amigo, lo levantó y ambos salieron corriendo como si las Parcas<sup>9</sup> los persiguiesen. Consiguieron salir de la escuela sin ser vistos y cuando ya llevaban un rato corriendo por uno de los *decumanus*<sup>10</sup> más meridionales de la colonia se pararon a descansar y tratar de recuperar el aliento.

—¿Has oído lo mismo que yo? —dijo Félix Julio.

—Al *magister* se lo han llevado los *lictors*<sup>11</sup> por culpa del *ludi rhetor*. Pero ¿para qué robar unas tabas? Si sólo son astrágalos<sup>12</sup> de cabra u oveja —dijo Cornelio.

—Seguro que no son unas tabas cualquiera. Creo que he oído hablar alguna vez al *magister* de unas tabas de oro con las que jugaba el *rhetor* y les ganaba todas las apuestas. Una vez le oí que se quejaba de que nunca volvería a apostar a las tabas contra el *rhetor* porque estaba convencido de que sus tabas de oro estaban trucadas.

—Bueno, será mejor que me vaya a casa. Seguro que mi madre ya se ha enterado de que no tenemos clase por alguna vecina cotilla y me estará esperando con la sandalia en la mano. ¿Quieres venir a mi casa?

—No, creo que mejor me voy a la mía. Si tardo mucho mi padre se enfadará cuando le cuente lo que ha pasado y no quiero que me castigue.

—¿Te pondrá a trabajar en la taberna?

—Seguramente.

—Intentaré convencer a mi madre de que me deje ir con Lucrecia y nuestra cocinera a comprar el pan<sup>13</sup>, así nos veremos.

Ambos amigos se despidieron y cada uno se fue en direcciones distintas.

Cuando Félix Julio llegó a la taberna donde trabajaba su padre se lo encontró hablando con el *rhetor*. Se quedó petrificado y no sabía si acercarse a ellos o no. Al final decidió avisar de que había llegado.

—¿Ahora llegas? —dijo su padre—. Ya me ha contado el *rethor* de tu escuela lo que ha pasado. No volverás a la escuela, ese *magister* era una mala influencia.

---

<sup>9</sup> Diosas del destino.

<sup>10</sup> Calle orientada de Este a Oeste.

<sup>11</sup> Encargados del orden público.

<sup>12</sup> Hueso de la pata de una cabra o una oveja que por su forma de seis caras servía para jugar a juegos de azar que originaron los juegos dados.

<sup>13</sup> El pan se vendía en las tabernas.

—Pero padre...

—Ni peros, ni nada. A partir de ahora trabajarás en la taberna, ya se lo he preguntado al dueño y ha dicho que te dará un buen salario si trabajas bien.

—¡Haz caso a tu padre! —dijo el *rethor*—. Aprende a trabajar y se un hombre de provecho. Tu *magister* va a quedarse sin patrono<sup>14</sup> y como era él quien pagaba tus gastos ya no podrás estudiar en la escuela.

—¿Y no puede ser mi patrono directamente? Seguro que si hablamos con él...

—¡Olvídalo Félix Julio! —dijo secamente el *rethor*—. Tu padre y yo hemos hablado y no volverás a la escuela. ¿Acaso crees que tu *magister* le contó a su patrono que eres un *sinister*<sup>15</sup>? Nunca te van a patrocinar siendo zurdo.

En diciendo esto el *rethor* se marchó y dejó al padre regañando al hijo por haber tardado tanto en acudir a la taberna.

—¡Está bien! —cortó el padre—. Ahora vas a almorzar y después te irás a casa a estudiar, pero mañana madrugarás más que hoy porque te vas a venir conmigo a trabajar y se acabó.

Después de comerse un pedazo de pan y cuenco de sopa de acedera, Félix Julio salió a la calle lloroso por lo injusto que era todo. Él no tenía la culpa de ser zurdo. Simplemente, le resultaba más fácil coger el *stilus*<sup>16</sup> con la mano izquierda. A su *magister* no le había importado que fuese zurdo, en lo único en que se había fijado era en lo bien que se le daban los números. De hecho le ponía problemas de matemáticas que eran de nivel de *ludus grammaticus* y no necesitaba el ábaco para hacer las cuentas cuando la mayoría de sus compañeros eran incapaces de hacer un solo cálculo sin él.

Llegó a la ínsula<sup>17</sup> y subió hasta la cuarta planta donde vivía con sus padres en un habitáculo de una sola habitación. Su madre no estaba, seguramente estaba trabajando en alguna *domus*<sup>18</sup> en la que estuvieran faltos de esclavos y necesitasen ayuda puntual con los preparativos de alguna fiesta. A veces la contrataban para ayudar en la cocina o para servir la cena en el *triclinium*<sup>19</sup>.

---

<sup>14</sup> En muchas ocasiones hombres libres de familias con poco dinero se ponían bajo el patrocinio (*patrocinium*) o protección de un patrón (*patronus*) de familia rica.

<sup>15</sup> Siniestro, apelativo despectivo que se utilizaba para personas zurdas.

<sup>16</sup> Caña en punta con la que se escribía en las tablillas de cera.

<sup>17</sup> Bloque de habitáculos de hasta 7 pisos de altura donde vivía la gente humilde.

<sup>18</sup> Mansiones donde vivía la gente acomodada.

<sup>19</sup> Comedor de la *domus*.

Tenía frío, así que se acurrucó frente al brasero echándose por encima la manta de lana que tenía para dormir. Sacó un papiro de su bolsa, lo desenrolló e intentó ponerse a leer pero no podía quitarse de la cabeza la acusación de robo que recaía sobre su *magister*. No podía creérselo y estaba seguro de que todo había tenido que ser una trampa del *rethor*. Sin embargo, algo no encajaba. ¿Qué motivos podía tener el *rethor* para quitar de en medio al *magister*? Por lo que había oído decir al *grammaticus*, el *magister* no había conseguido el puesto de *rethor*, por tanto el trabajo no podía ser el motivo.

No, en esta historia había algo más y seguro que tenía que ver con las famosas tabas desaparecidas. Por lo que sabía eran de oro, lo cual ya las hacía valiosas, pero, además, el *rethor* siempre ganaba sus apuestas cuando jugaba con ellas. ¿Sería verdad que estaban trucadas?

En fin, si aparecían ya habría tiempo de demostrar eso. Lo importante ahora era encontrar las tabas y demostrar la inocencia del *magister*. Si conseguía demostrar su inocencia seguiría teniendo patrono y éste le podría seguir pagando los estudios.

Dándole vueltas a todo el misterio se quedó dormido y cuando su padre llegó a casa y lo vio tendido en el suelo, dormido y con el rollo de papiro en la mano, le dio tanta ternura que lo cogió en brazos y lo metió en el *lectus*<sup>20</sup>.

Pasó la noche y la suave voz de su madre lo despertó.

—Vamos Félix Julio. Ya sé que es más temprano de lo habitual pero tienes que ir a la taberna con tu padre para aprender el oficio.

—Pero madre ¿y si demuestran que el magister no ha robado nada? Si vuelve a la escuela yo también podré volver.

—Será difícil. El *questor*<sup>21</sup> que lleva su caso tiene fama de ser muy duro. Venga estírate la túnica que te quedaste dormido con ella puesta y la llevas toda arrugada. Mira que el lino se estira muy mal y nosotros no somos ricos, no podemos comprar ropa de algodón.

—También el algodón se arruga madre.

—Si hijo, pero se estira mejor. ¡Venga! Usa el orinal, lávate la cara, bébete la leche y a trabajar a la taberna con tu padre.

---

<sup>20</sup> Lecho, en las ínsulas servían tanto de camas (*lectus cubicularis*) como de tumbonas para comer (*lectus tricliniaris*)

<sup>21</sup> Juez.

En ese momento entró su padre que subía de las letrinas comunes que había en la planta baja de la ínsula. Félix Julio se lavó la cara con el agua que su madre le echó en la palangana y se bebió la leche de un trago. Entonces su padre lo alzó con sus fuertes brazos y le dio un beso en la mejilla tras lo cual lo volvió a dejar en el suelo.

—Vamos hijo —le dijo—. ¿Quién sabe? Con lo listo que eres igual mi jefe acaba dándote la contabilidad de la taberna.

Félix Julio se rio con el comentario. Su madre les dio un beso a los dos y estos salieron de la habitación que consideraban su hogar.

Cuando llegaron a la taberna ya los estaba esperando el jefe. Miró detenidamente al niño y dijo:

—Eres un poco pequeño para llevar carga, pero tu padre dice que se te dan bien los números, así que te voy a poner a despachar el pan. Aquí sólo elaboramos pan de la mayor calidad, soy el panadero más importante de la ciudad y vienen las familias más importantes a comprarlo, pero no significa que no intenten timarte. Cada pan cuesta un *dupondio*<sup>22</sup>. Ten cuidado no te den *as*<sup>23</sup> por *dupondio* que hay mucho listo suelto.

Félix Julio se situó sobre una banqueta tras el mostrador, para que la clientela lo viese mejor. Su padre sacaba los redondos panes con forma de flor del horno y los dejaba amontonados en unos estantes detrás de donde estaba su hijo para que él los pudiera entregar a quienes venían a comprar.

La mayoría de los clientes sonreían al ver al pequeño Félix Julio despachar el pan. Con su media melenita rubia y su sonrisa encandilaba a todo el mundo y algunos de los que iban con intención de dar “*as* por *dupondio*” se echaban atrás al ver al niño porque no querían que lo castigaran, así que pagaban el precio correcto.

Ya quedaba poco pan por despachar y apareció Cornelio con su hermana melliza Lucrecia y su madre.

—Buenos días Félix Julio —dijo la madre de los mellizos—. Así que ahora trabajas con tu padre en la taberna.

—Buenos días señora Artemisa, hola Cornelio, hola Lucrecia. Pues sí, ahora trabajo despachando el pan de la taberna. Y les he guardado uno que tiene un aspecto estupendo.

---

<sup>22</sup> Moneda de bronce que equivalía a dos ases.

<sup>23</sup> El emperador Augusto mandó acuñar ases de bronce y latón que eran difíciles de distinguir de los dupondios que valían el doble.

Félix Julio se bajó de la banqueta y buscó bajo el mostrador donde había guardado un pan que a su padre le había salido perfectamente horneado y que al verlo decidió guardar para la familia de su amigo Cornelio. Cuando lo sacó, la señora Artemisa se quedó maravillada.

—¡Qué pan tan perfecto! Gracias por pensar en nosotros Félix Julio —dijo Cornelio.

—Gracias Félix Julio, toma un *dupondio* y un *semis*<sup>24</sup> de propina para ti —le dijo la madre de Cornelio y Lucrecia dándole las dos monedas.

Félix Julio le dio las gracias muy contento, dejó el *dupondio* con el resto del dinero y se guardó su *semis*. En ese momento salió su padre de las cocinas con la última hornada de pan del día.

—Buenos días Cayo Aurelio —le dijo la madre de los mellizos—. Veo que tu hijo es un excelente trabajador.

—Buenos días señora Artemisa. Si que lo es.

—Y tengo entendido que también es un excelente estudiante. A mi hijo, que es cuatro años mayor, siempre le ayuda con las matemáticas. Es una pena que no podáis sufragar los gastos de su educación.

—Los gastos los pagaba el *magister* de su propia bolsa. Y con lo que ha pasado...

—Si, ¿quién se lo iba a imaginar? El *ludi magister* Marco Sempronio un ladrón. Yo todavía no me lo creo. Hoy es el juicio. Me temo que nuestro *questor* no tiene fama de ser benévolo. Aunque no haya pruebas le bastará con la acusación del *ludi rethor* para condenarlo y puede acabar siendo pasto de los leones en el circo.

—¿Y su patrono? ¿No puede hacer nada por él? —preguntó Cornelio.

—Hijo, su patrono no puede manchar el nombre de su familia defendiendo al *magister* si no tiene la absoluta seguridad de que él no ha sido —le contestó su madre—. Si el *questor* lo condena mancharía su honor. Debe mantenerse al margen igual que todos nosotros. Sólo podemos rezar a los dioses y ¿quién sabe? Tal vez aparezcan las tabas.

—¿Pero alguien las está buscando? —preguntó Lucrecia.

—Hijos, dejadlo ya —le dijo su madre molesta.

---

<sup>24</sup> La mitad de un as.

—¡Estos niños! —dijo el padre de Félix Julio.

—En fin —dijo la madre de los mellizos—, casi ha terminado la mañana y han vendido casi todo el pan. ¿Qué le parece si Félix Julio se viene a casa con nosotros a almorzar y luego repasa las lecciones con Cornelio y el *magister* que hemos contratado?

—Pues no se...

En ese momento apareció el panadero dueño de la taberna.

—¿Ocurre algo? ¿Tiene algún problema con el pan?

—En absoluto —dijo la mujer—. Creo que es un pan excelente y el servicio más aún. Le comentaba a su asalariado que, si no le importa, si su hijo la ya terminado sus labores aquí podría venir a estudiar a casa con él mío.

—¡No faltaba más! —dijo el panadero—. Ya casi no queda pan que despachar y el chico ha hecho un gran trabajo su primer día. Creo que incluso han intentado timarme menos veces de los habitual. Por mi parte no hay problema.

Félix Julio miró a su padre y éste no puedo evitar tener que ceder.

—Bueno, está bien. Puedes ir, pero no te pases con la hospitalidad de la madre de Cornelio. Eres su invitado y debes hacer todo lo que te digan y portarte muy bien. ¿Está claro?

—Si padre. Haré todo lo que me digan.

Tremendamente contento, Félix Julio recogió sus cosas y salió con Cornelio, Lucrecia y su madre camino de su domus.

Almorzaron fruta y un poco de pan y queso, estudiaron un rato con el *magister* griego que los padres de Cornelio habían tenido la suerte de encontrar y después les dieron tiempo libre para ir a jugar.

Los dos niños estaban corriendo por la casa jugando a eran corredores de cuadrigas<sup>25</sup> cuando Cornelio se tropezó y se cayó a la piscina de agua fría que había en mitad del patio.

Félix Julio ayudó a su amigo a salir del agua. Ambos se echaron a reír cuando escucharon al padre de Cornelio alzar la voz desde su *tablinum*<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Carros tirados por cuatro caballos cuyas carreras eran uno de los entretenimientos principales de los juegos de circo.

<sup>26</sup> Despacho en la domus del cabeza de la familia.

—¡Es una vergüenza! —oyeron decir al padre—. Todo el mundo sabe que el *rethor* sólo quiere esas tabas para apostar en las tabernas y el juego es ilegal. ¿Es que no va a tener eso en cuenta el *cuestor*? Debería condena al *ludi rethor* por jugador y mentiroso no al *ludi magister*.

—Por desgracia el *cuestor* es también un conocido jugador —dijo el hombre que se encontraba con el padre de Cornelio—. No hay pruebas de ello pero se rumorea que debe mucho dinero de apuestas de jugar a las tabas contra el *rethor* Quintiliano, por eso todo el mundo da por hecho que no fallará a favor del *magister* y nadie más quiere tampoco testificar en su favor.

—Pues yo lo haré —dijo el padre de Cornelio.

—¿Estás loco? —dijo aquel hombre que Cornelio reconoció como Tito Flavio, el mejor amigo de su padre—. Ni siquiera su patrono ha querido abrir la boca en su favor. Todo el mundo está muy asustado. Piensa en tu mujer y en tus hijos. Aunque pertenezcas a una de las familias más nobles de Caesar Augusta nada te libraré de caer en desgracia si defiendes públicamente a un ladrón.

—¿Sabes porqué llevo a mi hijo a la escuela en vez de tener un *magister* en casa? Porque el mejor *magister* de esta ciudad es Marco Sempronio. Es un hombre recto, sabio, de honor, nunca robaría ¡y menos unas tabas!

—Ya, pero las tabas son de oro y él depende de un patrono. Además no consiguió el puesto de *ludi rethor*.

—Eso es porque Quintiliano tenía comprados suficientes votos de padres para que le dieran el puesto *ludi rethor* a él. Posiblemente de la misma forma que tiene pillado al *cuestor*.

—Ya, el juego es ilegal, pero si el *cuestor* juega y tiene deudas con Quintiliano no lo va a acusar a él —dijo Tito Flavio.

—Si, pero si pudiéramos demostrar que hace trampas las deudas de juego se anularían y el mismo *cuestor* tendría que condenar al *rethor* Quintiliano y dejar libre al *magister*. Pero ¿cómo demostrarlo? Se que no apruebas lo que quiero hacer y esto te va a gustar menos pero he ido esta mañana a visitar a Marco Sempronio a la cárcel.

—¡Tú estás loco!

—No, tenemos una oportunidad. Marco tenía pruebas de que Quintiliano hacía trampas y tenía intención de denunciarlo ante el *cuestor*, pero parece que Quintiliano se enteró y por eso lo ha denunciado falsamente.

En ese momento Tito Flavio se dio cuenta de que los niños estaban fuera escuchando.

—¡Calla Antonio! Parece que tenemos compañía.

El padre de Cornelio se asomó.

—¿Qué estáis haciendo tan callados? ¿Y qué haces empapado Cornelio? Ve a cambiarte la túnica y las sandalias ahora mismo no sea que te pongas malo y tu madre me eche a mí la culpa.

—Padre, ¿vas a defender al *magister*?

—Eso no es de tu incumbencia. Dejad de escuchar a escondidas las conversaciones de los mayores si no queréis que os castiguen.

—¡Pues haber cerrado el *ostium*<sup>27</sup>! —replicó Cornelio con el pelo castaño goteando agua.

—¡Pero que niño tan descarado! —dijo Tito Flavio sin poder evitar echarse a reír.

—¡Bueno, se acabó! A tu habitación sin cenar. Félix Julio, lo siento pero será mejor que te vayas a casa.

—¡Pero padre!...

—¡Ni peros ni nada! ¿Quieres que Félix Julio no venga en un mes? Pues compórtate que pronto cumplirás doce años.

Félix Julio cogió de la manga de la túnica a su amigo Cornelio y lo arrastró camino de su dormitorio donde había dejado también su bolsa. Cuando llegaron, Cornelio se cambió la ropa mojada por otra seca, incluidas las sandalias.

—Cuando te vayas da la vuelta y espérame en la puerta del servicio —dijo Cornelio.

—¿Qué quieres hacer?

Cornelio sacó su tirachinas de debajo de su *lectus* junto con una bolsita con piedrecitas y se los guardó bajo la toga.

—Nos vamos a buscar las tabas.

---

<sup>27</sup> Puerta de una habitación.

Félix Julio sonrió de emoción. Recogió sus cosas y salió de la casa por la puerta principal, dio la vuelta hacia la parte trasera y se quedó esperando a su amigo por la puerta de servicio.

Cuando salió Cornelio ambos salieron corriendo en dirección a la escuela. Sabían que *rethor* vivía en una *domus* cercana.

Una vez llegaron a la *domus* del *rethor* se quedaron escondidos en la parte trasera, cerca de la entrada de servicio. La casa era muy ostentosa, posiblemente demasiado para un *ludi rethor*. Era un secreto a voces que todo el dinero que tenía lo ganaba apostando y que nunca perdía a las tabas. Aún así seguía encontrando quien le retaba y al pobre desgraciado que osaba hacerlo lo dejaba sin una *as*.

Si lo que habían escuchado de la conversación entre el padre de Cornelio y su amigo Tito Flavio era verdad, lo más probable es que las tabas siguieran escondidas en alguna parte de la *domus*, pues era de suponer que un tramposo como el *rethor* no se hubiera desprendido de ellas. Si daban con las tabas podrían contárselo al padre de Cornelio y después el *magister* podría demostrar como hacía trampas el *rethor* así demostrar, no sólo su inocencia, si no también la culpabilidad de su acusador.

—Bueno, este es el plan —dijo Cornelio—. Yo me cuelo primero y rompo algo valioso con el tirachinas. Cuando salga para ver que ha pasado tu llamas a la puerta principal y cuando te abra el esclavo le dices que traes un importante mensaje del *cuestor* y que debes dárselo en persona a su amo. Entonces él saldrá a hablar contigo y yo podré colarme en su *tablinum*, porque seguro que guarda allí las tabas.

—¡Uhhmmm! —masculló Félix Julio—. No me convence tu plan. ¿Y si le dice al esclavo que me haga pasar al *tablinum*? Además el *rethor* me conoce, me tiene mucha manía por ser el protegido del *magister*. Se olerá algo en cuanto me vea.

—¿Y qué sugieres?

En ese momento a Félix Julio le vino la inspiración en la forma de su madre y es que la vio salir por la puerta de servicio con la basura.

—¡Los Dioses nos asistan! ¡Mi madre trabaja aquí!

—¡Genial! Le dirás que vienes a ver a tu madre.

—Le dirá a su esclavo que me haga entrar por la puerta de servicio. No, tengo una idea, pero quédate escondido que no quiero que te vea mi madre.

Cornelio se quedó escondido mientras Félix Julio salió al encuentro de su madre que regresaba de tirar la basura.

—Félix Julio ¿qué haces aquí? ¿No deberías estar en taberna?

—He despachado muy bien el pan y me han dado el resto del día libre. Padre me ha dado permiso para ir a estudiar y jugar con Cornelio pero lo han castigado así que he venido a ver si tú necesitas ayuda.

—¡Ay! Ya se que es de muy buena familia pero ese Cornelio es muy mala influencia para ti. En fin, ven conmigo, siempre hay trabajo en las cocinas del señor Quintiliano aunque no paga mucho, para ser tan rico es bastante agarrado.

Félix Julio siguió a su madre al interior de la casa. Cornelio se quedó agazapado en las sombras, esperando alguna señal de su amigo. Pasaron varias horas y ya era casi de noche. Cornelio tenía hambre, no había cenado nada y ya habían pasado varias horas desde el *prandium*<sup>28</sup>. Su tripas comenzaban a tener ideas propias cuando Félix Julio asomó por la puerta de servicio y le hizo un gesto con la mano para que se acercara.

Cornelio fue corriendo y casi se tropieza.

—¡Cuida! —le dijo Félix Julio—. Con lo hábil que eres con el tirachinas ya podías tener un poco más de coordinación, siempre te andas cayendo y tropezando por todas partes ¡mira que eres torpe!

—Es que estoy creciendo y me cuesta controlar mis extremidades. Le oí decir una vez al *magister* que cuando cumples los doce años es aún peor. Los *adulescens*<sup>29</sup> tienen aún más problemas de coordinación hasta que cumplen por lo menos los diecisiete o dieciocho años.

—Bueno, pues lleva cuidado y no rompas nada. Están todos cenando. El *rethor* ha montado un fiesta y nunca adivinarías quienes están cenando aquí.

—¿El cuestor?

—Si, además de todos los padres dueños de la escuela y el patrono del *magister*.

—Mis padres son participes de la propiedad de la escuela.

—Tus padres están entre los invitados.

---

<sup>28</sup> Almuerzo

<sup>29</sup> Adolescentes

—¿Y te han visto?

—Si, he ayudado a servir platos. Mi madre no deja que coja las fuentes de comida ni las jarras de hidromiel, dice que son muy pesadas para mí, pero he repartido platos entre los comensales y tus padres me han visto.

—¿Y no te han dicho nada?

—Son invitados en una casa ajena, sería una ofensa que empezasen a hablar con sus criados, aunque me han sonreído al darles el plato. Pero eso no es lo importante. Están de *commisatio*<sup>30</sup> en el *triclinium*, así que no hay nadie vigilando el *tablinum*. Voy a colarte hasta allí pero intenta no tropezar, como rompas algo y nos pillen vamos a acabar haciendo compañía en la cárcel al *magister*.

Félix Julio se aseguró de que no había “vascones<sup>31</sup>” a la vista y coló a Cornelio en la cocina cuando todos los criados estaban distraídos. Consiguió llevarlo hasta el jardín. Se escondieron tras unas columnas gigantescas que estaban totalmente cubiertas por unas enormes parras. Finalmente consiguieron atravesar todo el jardín sin que los viesen los invitados que estaban disfrutando de la *commisatio*. Atravesaron otro patio dejando cada vez más lejos el bullicio del *triclinium* y sus zonas adyacentes. Por fin llegaron hasta el *tablinum* pero el *ostium* estaba cerrado con llave.

—¡No fastidies! —dijo Cornelio.

—Tranquilo Cornelio —dijo Félix Julio y sacó una llave de debajo de una escultura—. Le he visto antes guardarla ahí. No le gusta llevarla encima y me he dado cuenta de que piensa que es más listo que todo el mundo así que puede que las tabas no estén tan protegidas como cabría esperar.

Felix Julio metió la llave en la cerradura, la giró y abrió el *ostium*. Los dos se metieron corriendo y cerraron el *ostium* antes de que pudiera verlo alguien.

Empezaron a registrar el *tablinum*. Encontraron muchos papiros con pagarés de deudas a nombre de mucha gente importante. Y entonces, Félix Julio encontró una caja de madera cerrada con llave. No parecía una caja muy robusta, pero pesaba así que buscó la llave. Entonces Cornelio se subió a una silla para buscar entre unos libros con tan mala suerte que resbaló y tiró toda la estantería. El estruendo fue tal que era imposible que nadie hubiera oído nada.

---

<sup>30</sup> Fiesta posterior a la cena que solía estar amenizada por poetas, música e incluso danzas.

<sup>31</sup> Pueblo del norte del valle del Ebro.

—Rápido, tenemos que salir de aquí antes de que venga alguien —dijo Félix Julio, pero entonces se abrió el *ostium* y allí aparecieron el anfitrión de la casa junto al *questor* y varios invitados más entre los que estaban los padres de Cornelio.

—¡Vaya, vaya! —dijo Quintiliano—. Acabo de pillar a otros dos ladrones.

—¿Qué tienes ahí Félix Julio? Se apresuró a preguntar el padre de Cornelio.

Félix Julio se dio cuenta de que llevaba la caja de madera en la mano y decidió jugársela.

—No lo sé, la caja está cerrada con llave pero podrían ser las tabas desaparecidas.

—¡Ja! —se rio el *rethor*—. Las tabas me las ha robado el *magister*, y seguramente vosotros sois cómplices de ese sinvergüenza.

—Bueno Quintiliano —continuó el padre de Cornelio—, ¿y si el *questor* le echa un vistazo a lo que hay en la caja? Si no son las tabas no tienes nada que perder.

Viéndose el *questor* llamado a intervenir dijo:

—Ciertamente Quintiliano, si tus esplendidas tabas de oro no están en esa caja no tendrás inconveniente en que yo como *questor* la revise.

El *rethor* empezó a ponerse nervioso.

—El caso es que no se dónde he metido la llave de la caja pero creedme amigos, las tabas no están en esa caja. ¡Las ha robado Marco Sempronio!

—Eso es lo que tú dices —dijo el *questor*— y no es que quiera dudar de tu palabra pero en su casa no han aparecido y los *lictores* no han registrado la tuya. Dado que el niño ha manifestado que las tabas podrían estar en la caja tengo motivos suficientes para exigirte a la abras para que nos muestres su contenido.

—Te repito que he perdido la llave. Tendrás que confiar en mi palabra que obviamente vale más que la de un niño plebeyo de baja condición —y diciendo esto se volvió hacia Félix Julio y le dijo—: Tu madre no va a volver a trabajar en esta colonia y en cuanto a tu padre, ya veremos lo que dura en la taberna.

—Bueno, ¡ya me estoy hartando! —dijo enfadado el padre de Cornelio que entró a empujones en el *tablinum* y apartando a Quintiliano cogió la caja de las manos de Félix Julio y la estampó contra el suelo.

La caja se astilló y quedó abierta dejando ver una bolsa de seda que todos los adultos allí presentes reconocieron en seguida, puesto todos la habían visto en alguna ocasión. Era la bolsa donde Quintiliano llevaba siempre sus apreciadas tabas de oro.

El padre de Cornelio la cogió y la entregó al *questor* que la abrió y volcó su contenido sobre la mesa. Efectivamente eran doce preciosas tabas de oro.

—En fin, con esto queda claro que el magister no robó tus tabas.

—¡Han sido los niños! Las han puesto ahí.

—Si, si, ya —dijo el *questor* meneando la mano—. Y también han encontrado la llave que habías perdido para meterlas en la caja ¿verdad?

—¡Si! Seguro. ¿De que otra manera podían saber que estaban ahí las tabas? Marco Sempronio se las ha dado para que ellos me las colocasen aquí.

—Marco Sempronio lleva encerrado más de dos días —dijo el *questor*—. Los niños no han podido verlo desde la última vez que tuvieron clase con él.

—Pero Antonio, el padre de Cornelio, fue a hablar ayer con él. ¡Y ya habéis visto todos con que seguridad ha roto la caja! Es amigo de Marco Sempronio y seguro que ha sido idea suya.

—No importa ya. Lo único que necesito son las tabas —dijo el *questor*—. Me las llevo y mañana espero veros a todos comparecer ante mí. —Entonces se giró hacia el padre de Cornelio—. Confío en que mañana tu hijo y tu comparezcáis ante mi con el amigo de tu hijo y supongo que me das tu palabra de que nos vais a escapar de la colonia ni voy a tener que enviar a los *lictores* en tu busca.

—Por supuesto. Tiene mi palabra de honor.

—En ese caso mañana nos veremos a la hora *tertia*<sup>32</sup> y terminaremos con todo este lío.

Los padres de Cornelio le explicaron a la madre de Félix Julio que lo mejor sería que su hijo pasase la noche en su *domus* y así se encargarían de llevarlo ante el *questor* al día siguiente.

Cuando llegó el momento todos estaban ante el *questor*, incluido el magister Marco Sempronio. El *questor* mandó a un par de *lictores* a por un recipiente de agua y estos lo trajeron. Era un recipiente grande que dejaron en mitad de la sala de audiencias.

---

<sup>32</sup>Pasadas la nueve en horario de invierno

—Voy a hacer una apuesta por sugerencia del magister Marco Sempronio —dijo el *cuestor* sacando la bolsa de seda—. Me apuesto la cena de hoy a que todas estas tabas caen dentro de este recipiente de caras distintas pero todas ellas con una extraña marca en la cara que quede en posada en el fondo.

Todos estaban callados y extrañados mientras una ligera sonrisa se veía aparecer en la cara de Marco Sempronio.

El *cuestor* se levantó de su silla y se aproximó al recipiente. Sacó una por una las tabas y antes de dejarlas caer con suavidad en la superficie del agua, mostró a Antonio, el padre de Cornelio al que hizo colocarse a su lado, la cara marcada de la taba para que diera constancia de que esa era la misma cara que quedaría posada en el fondo.

Cada vez que depositaba una taba en la superficie del agua con la cara marcada hacia arriba, la taba se giraba en el agua una vez y la cara marcada daba en el fondo del recipiente.

Repitió la operación doce veces y las doce veces las tabas se giraron al entrar en el agua y cayeron lentamente sin volver a girar. La cara marcada siempre se giraba hacia el fondo.

Las tabas tenían seis caras y, sorprendentemente, todas las tabas habían caído de forma que todas las caras se repetían dos veces.

—Bueno ¿qué tienes que decir a esto Quintiliano? ¿No te parece raro que como se han girado en el agua y han caído dos cada cara exactamente? —dijo el *cuestor*.

—No sé qué truco está usando contigo Marco Sempronio pero no es más que eso.

—Está bien —dijo el *cuestor*— Antonio, coge dos tabas por favor. Las que tú quieras y enséñamelas.

El padre de Cornelio así lo hizo y cuando el *cuestor* vio las tabas dijo en voz alta:

—¡Jete y verdugo! —Y a continuación le dio las dos tabas a Félix Julio que las cogió con su manita izquierda—. ¡Un zurdo! Interesante. Recuerdo Quintiliano que siempre has sido muy supersticioso. Lanza las tabas al suelo pequeño.

Félix Julio soltó las tabas hacia el suelo y cayeron exactamente de las caras que había dicho el *cuestor*.

—¡Trampa, seguro! —gritó Quintiliano.

—Para estar absolutamente seguros ¿por qué no las lanzas ahora tú? Seguro que vuelven a caer del mismo lado —le dijo el *cuestor* invitándole con la mano a que recogiese las tabas y las lanzase.

Nervioso Quintiliano recogió la tabas y las lanzó al suelo. Volvieron a salir las caras que había dicho el *cuestor*.

—Me parece que aquí el único tramposo que hay eres tu Quintiliano. ¡Lictores, lleváoslo de mi vista!

Los lictores se llevaron a Quintiliano entre gritos y protestas mientras otro liberaba de sus cadenas a Marco Sempronio.

—Me temo que vais a tener que contratar a otro *ludi rethor* Antonio —dijo el *cuestor*.

—Marco Sempronio siempre fue para mi el mejor candidato, lo único malo es que lo perderemos como magister.

—Gracias Antonio —dijo Marco Sempronio— pero creo que voy a terminar el curso con los pequeños. ¡Me parece que le debo mi libertad a estos dos alumnos! No estaría bien que no me ocupase personalmente de que reciben la educación adecuada. Además ahora no hay impedimento para que Félix Julio regresa a la escuela.

Y así fue. Pero esta vez no fue el magister quien pagó los gastos de Félix Julio, si no que los padres de Cornelio decidieron convertirse en los patronos del niño. Contrataron a su madre para que trabajase en su domus de forma fija y costearon todos los estudios de Félix Julio durante los años venideros en las que el pequeño romanito corrió más aventuras junto a sus amigos Cornelio y Lucrecia... aunque esos son otros cuentos y los reservamos para otros momentos.

Si finis bonus est, totum bonum erit<sup>33</sup>.

---

<sup>33</sup> A buen fin no hay mal principio.